

Jardines del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (I)

La Fresneda. El Jardín de los Frailes

Por CONSUELO M. CORRECHER



Ventana de la alcoba del Rey, desde donde Felipe II miraba el jardín. En primer término, Jardín del Prior, tras el muro el de los Frailes, más allá las Huertas y el paisaje natural. Este ángulo sureste era el más protegido de la fábrica.

MOTIVACIONES

El Rey. Reverendo y devoto P. General de la Orden de Sant Hieronimo, sabed que en reconocimiento de la victoria que N. S. fue servido darme el día de Sant Laurencio el año 1557 tengo determinado de edificar y dotar un monasterio donde se hagan continuas gracias por ello y sacrificios y oraciones por las ánimas del Emperador y Emperatriz, mis señores padres, que hayan santa gloria, y la mía, y porque le plegue por su misericordia guiar y enderezar todas mis cosas como haya de ser más servido y los reinos y estudios que me ha encomendado, mejor gobernados, ...

Madrid 16 de Abril de 1561. Yo el Rey. Refrendado Pedro de Hoyo.

Como enterramiento del Emperador que fue árbitro del mundo, mas supo considerar el nulo valor de lo humano, lo que le hizo llegar a la renuncia voluntaria de todos los poderes en favor de su hijo, con el objeto exclusivo de recluirse

en un pobre monasterio para atender a las cosas de Dios antes de morir, dejando al cuidado del heredero dar sepultura digna a sus restos y a los de la Emperatriz. Felipe II, ante ejemplo tan insólito, fue concibiendo un proyecto que ni él mismo pudo prever en toda su grandiosidad y concepto, siguiendo la tradición de los monasterios-residencias reales como Las Huelgas, El Paular, Guisando, El Parral, Yuste, Guadalupe, Santa María del Paso o los Jerónimos del Prado. La batalla de San Quintín, más que la victoria, pudo actuar de reactivo simbólico con que bautizar el Monasterio-panteón que su mente vislumbraba y su corazón deseaba.

Felipe II, huérfano de su dulce madre a los 12 años, Regente a los 16, con la etiqueta borgoñona establecida en la Corte a los 25 años, Rey a los 29, inicia estas obras con 36 años, y las termina con 57; reina más de 40, influyendo hasta el fin en el destino de Europa y del mundo con el poder inigualable de la España Imperial. Tanta inteligencia, discreción, etiqueta, soledad, religiosidad y poder quedan

contrastadas con su apasionado amor por la Naturaleza y el Arte.

SELECCION DEL PAISAJE

Médicos, arquitectos, naturalistas y filósofos recorrieron los alrededores de Madrid, ya capital de España, estudiando durante tres años Guisando, Aranjuez, El Real de Manzanares, La Alberquilla, La Fresneda y El Escorial. Desecharon Guisando por lo abrupto del terreno, La Fresneda por insalubre, otros por escasez de agua, optando por El Escorial debido a la fertilidad y frescura del terreno, buena calidad de la piedra, abundancia de aguas y proximidad de los pinares de la Sierra de Malagón en las estribaciones de Guadarrama en su vertiente meridional, donde, en un terreno de transición con afloraciones de granito y gneis, se asienta El Escorial a una altitud de 1.000 metros. Su nombre es debido a restos de hierro en los montes, por lo que hubo herrerías y escorias, a lo que se añadió el nombre del santo mártir abrasado, al que Felipe II dedicó el Monasterio, y, así, quedó conformado el topónimo de San Lorenzo el Real de El Escorial.

Es el paisaje inmediato al Monasterio consecuencia de las estribaciones de la Sierra, a un tiempo dilatado y abrupto, despojado de lo trivial, como será el desornamentado Monasterio, austero en lo externo y arrebatado en cuanto a lo más interno: lo espiritual. Palabras de fray Andrés de Ximénez nos dicen que «este venturoso terreno, aunque frío es muy saludable y de gran comodidad, abundante en cristalinas aguas dulces, derramadas por todo el terreno, sin contar las gargantas y arroyos que se derivan a la sierra, formando entre las piedras hermosos quiebras y vistosas cascadas, que resultan de la natural estructura y colocación de los riscos». Crecen por el entorno, espontáneamente, encinas, enebros, pinos, fresnos, jaras y retamas. Era el sitio elegido un jaral donde refugiaban los pastores sus rebaños cerca del poblado del Escorial, llamado Dehesa de la Herrería de Fuente-Lámparas, que se limpió de jaras en 1562. Tenía dos fuentes que no se agotaban, la de Blasco Sancho, que luego se llamó del Estribo, situada donde hoy está el Estanque Grande de la Huerta; y otra más a Poniente de nombre Matalasfuentes, preferida de los rebaños por ser de aguas más saladas, y que se llamó posteriormente Fuente de la Reina, hoy perdida.

Juan Bautista de Toledo, el arquitecto predilecto del Rey, mandó replantar el Monasterio con un poco más de un grado de inclinación a Oriente por gozar más del sol desde los aposentos. Nos precisa fray Damián Bermejo «que a 40° y 35' de latitud septentrional y 20' de longitud occidental del meridiano de Madrid», lo que fue de primordial importancia para los jardines del Monasterio. Según la antigua cosmografía, El Escorial estaba en la mitad del quinto clima que llamaban Diarromes, y correspondía a la zona templada, aunque al ser lugar montañoso, abierto al Septentrión y Levante era de alguna aspereza cuando soplaban esos vientos, procurando un cielo clarísimo y de pocas nieblas, y aunque resultase frío, «seco y en peña».

El Monasterio de San Lorenzo el Real se inicia por Juan Bautista de Toledo en 1563, terminándose por Juan de Herrera en 1584. Durante 21 años Felipe II vigilará ardientemente la consecución de su ideal, de un concepto exclusivamente suyo. La traza universal de Juan Bautista de Toledo y la sabia continuación de Juan de Herrera obedecieron al fijo empeño del Rey, que condiciona el Monasterio a lo sagrado.

JARDINES DE LA FRESNEDA

Dispuso el Rey que sirviesen al Monasterio las Casas Reales de Torrelozanes, Monasterio, Campillo, La Fresneda, El Quexigal y San Saturio. El palacio-torre de Campillo, entre El Escorial y Guadarrama, fue reedificado por Felipe

II —y posteriormente modificado por Felipe V— y de su entorno se decía que «no hay tapiz que se le pueda comparar al estar repleto de flores amarillas, blancas y azules». Esta torre y la casa de Monasterio las compró el Rey a los Duques de Maqueda y Condes de Tendilla en 4.000 ducados.

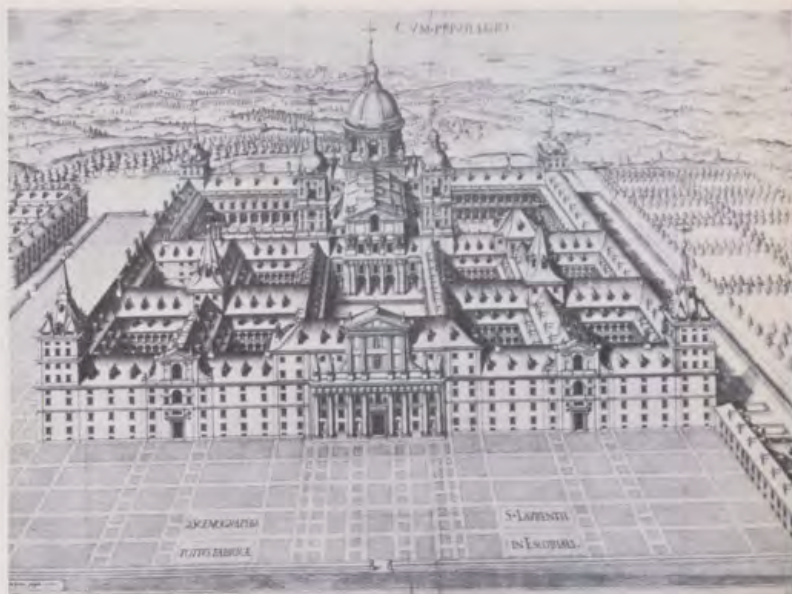
De todas estas casas la más significativa en cuanto a jardines fue La Fresneda, comprada por el Rey en 21.822.227 maravedises. Situada en lo más hondo del valle, a media legua del Escorial, toda cercada de paredes de piedra de 8 pies de alto con un contorno de 4.000 pasos y más. La cercan varias calles de olmos, álamos blancos y de fresnos, y así la llamaban porque dentro y fuera tenía muchos en calles concertadas con ellos. Estaba esta casa especialmente dedicada para recreo de los monjes jerónimos, que en su temporada de descanso iban a holgar, como se decía en su orden, «tomando granja», inspirándose sin duda en la vida de San Jerónimo, quien, después de haber cumplido con lo tocante a su ministerio, se iba a un jardín a cultivar plantas. Tenía la casa un claustro abierto por el Mediodía con una reja de hierro dando vistas a un jardín, compartimentado en tres cuarteles de flores. Debió intervenir en aquellos jardines fray Marcos de Cardona de la Murta de Barcelona, que estuvo previamente en Yuste trazando el jardín del Emperador, y vino reclamado por el Rey. Relata fray Francisco de los Santos que múltiples calles de árboles convidaban por su frescura y sombra a caminar, y que, aún siendo largas, nunca cansaban. Nos dice la Marquesa de Casa Valdés, y creemos con muy buen criterio, que los canalillos de riego y las apretadas floraciones tendrían un carácter árabe indudable.

Había asimismo otro jardín frontero a la parte del Norte, cercado de pared de piedra con mucha variedad de árboles, frutales y parrales, así como otras plantas, yerbas y flores «de mucho deleite y alegría». Allí, los blancos ligustros, las encarnadas rosas, los amarillos alhelies, las moradas violetas, los lirios cárdenos, blancas azucenas, revueltas madre-selvas, olorosas mosquetas y jazmines. Una fuente cubierta con chapitel empizarrado, rodeada de celosías con enredaderas, la fuente de pila cuadrada con balustre sostenía una segunda taza donde «el agua sale de lo alto haciendo caños de las flores de un ramillete fingido que se levanta en medio, esparciéndola por todas partes con igualdad y hermosura». En los jardines de La Fresneda —hoy llamada Granjilla— se recogía su abundancia en aguas en cuatro estanques de diferente tamaño y destino. El menor, de 300 pies de contorno, cercano a la casa, con pescadero cubierto de pizarra, y una fuente con asientos alrededor. Tenía el segundo, de 2.000 pies, una isleta plantada de árboles con «un puente para gozar de su estancia en el descanso de los poyos que la cercan». El tercero, mayor aún, de 4.000 pies de rodeo, con una isla de 100 pies de lado rodeada de antepechos y asientos de piedra con un cenador cubierto de chapitel y paredes entretegidas de rosales, jazmines y madre-selvas, «haciendo hermoso y deleitable acompañamiento». Esta isla del cenador tenía calles tan intrincadas que componían un verdadero laberinto. El cuarto estanque, que se realizó en 1583, se comparaba a un mar, aunque estaba dividido por un paredón, nunca se secaba ni en los peores tiempos, y con su caudal se regaba toda la dehesa por caceras. Jehan Lhermite describe los jardines de La Fresneda antes de que en 1585 se trajeran barcos de placer, una galera y una barca para navegar por el estanque donde hubo Casa de Barcas para resguardarlas de las nieves. Tenían estos estanques una pica larga de hondo y muchos barbos, cachos, tencas y carpas en sus aguas. El 4 de enero de 1576 mandó Felipe II pescar el estanque grande de La Fresneda, vino desde Aranjuez el holandés Holveque, sacando mucho pescado que mandó repartir Su Majestad «el día de Epifanía en el convento de Sant Lorenzo».

Los gastos para el jardín siguieron en aumento, con otro cenador realizado en 1592, hasta la muerte del Rey en 1598. Se poblaron los jardines de pavos reales y de cisnes, así como de venados y jabalíes casi mansos de poco miedo que tenían

LOS JARDINES EN LA COMPOSICION DEL MONASTERIO

Si trazásemos una imaginaria bisectriz oblicua desde los ángulos NE y SO, que obedeciese a la composición en planta del edificio, obtendríamos el rectángulo de su superficie dividido en dos triángulos. Este brazo de aspa nos marcaría una tensión, un dinamismo sobre toda la composición, producida por las Lonjas a un lado y los Jardines al otro. La franja que recuadra el núcleo constructivo contrapone violentamente dos ángulos contradictorios. Desde el origen, desde la planta, la disposición compositiva cede en sentido renacentista para ganar vuelos barrocos anunciando este sentir. Toda la ordenación queda condicionada por los jardines y por su orientación y adecuación al medio. El monumento «finito e intangible» queda aquí en comunicación con el



ПЛАНЪ ИМПЕРАТОРСКОГО ДВОРЦА ВЪ САНКТЪ ПЕТЕРБУРГѢ

Camino arbolado que lleva al Monasterio, por José Gómez de Navia, siglo XIX.





*Angulo sureste del Jardín de los Frailes. Al fondo, la ventana que está abierta es la del Rey.
En el lateral derecho, la arboleda de la Huerta.*

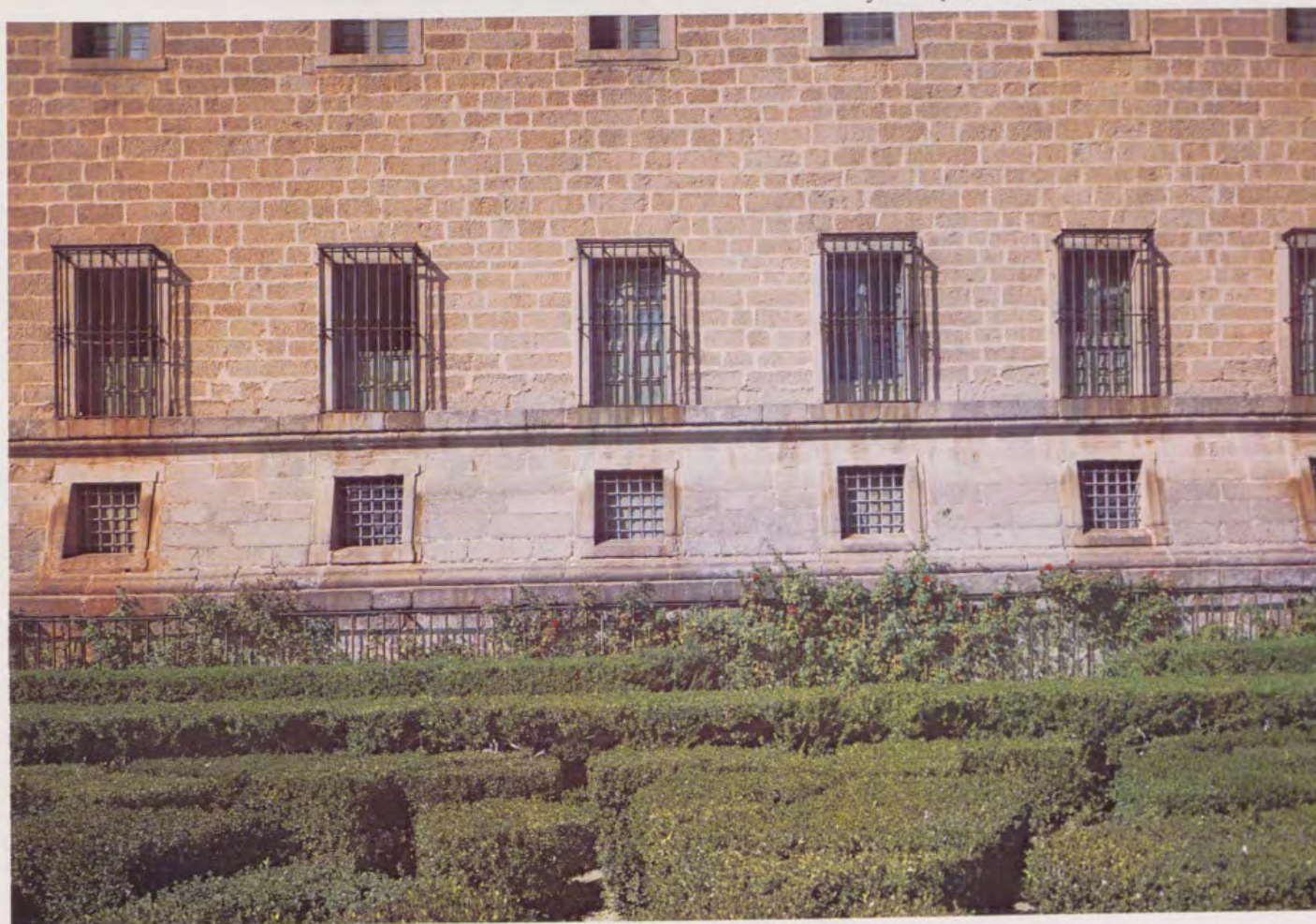
*Interior del Jardín del Prior, compartimentado por muros
adornados de bolas herrerianas y capilletas, boj y laureles.*





Vista desde el Salón del Trono. El inmenso manto de boj, trabajado según el arte topiario, viste los jardines desde donde se desprende invasoramente su aroma.

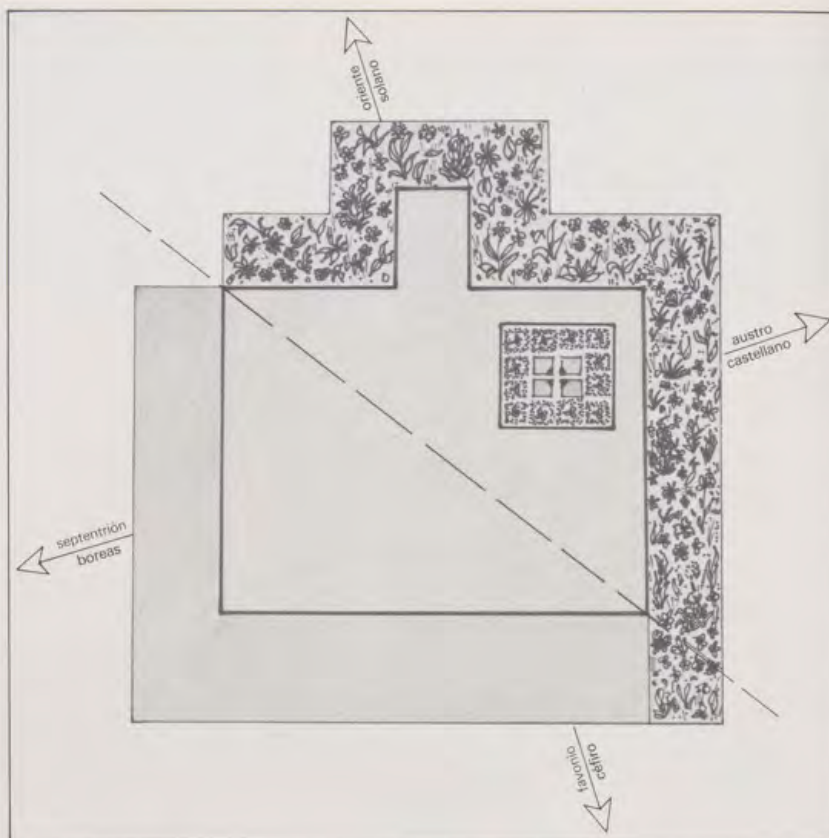
Las rosas, flores predilectas del Rey, florecen por el enrejado. Restos del Jardín de Felipe II.



1. Giro del edificio respecto de los puntos cardinales y los vientos. Contraste entre las fachadas, la composición bascula rompiendo la serenidad estática renacentista, lo permanente y lo mutable (croquis de la autora).

2. Versión romántica del estanque de la Granjilla, la Isla, el Cenador y el Monasterio al fondo. Grabado de «Histoire du Monastère de St. Laurent», de Antonio Rotondo, siglo XIX.

3. Vista general de San Lorenzo, tomada desde la inmediación de la Huerta del Castañar a el mediodía. Pintura de Brambilla y litografía de Asselineau, año 1832. Obsérvese a lo largo del pensil la plantación libre crecida y algunos monjes, de recreo, pescando.



paisaje, con el clima, con la luz, con la vida y la transformación sin fin. Permanencia a un lado y al otro fragancia.

El eje de simetría renacentista, nivelador y estático, impera en el Monasterio en su estructura pétrea intramuros. Fuera, como un halo, le circunda adosándose a sus muros el jardín que hace gravitar angularmente la composición general, asumiendo todo su peso, contando con el punto de gravedad que aporta el patio de los Evangelistas, dándole todo su valor a ese espacio abierto artificial en el que se desarrolla una ordenación florística.

El valor decisorio, del que todo lo sopesaba y filtraba a través de su prudencia, tiene un especial significado en esta su obra predilecta. Cuando hace un palacio para Dios y una celda para él, y todo lo entrega a una congregación de hombres para su culto y conservación, está no sólo determinando localizaciones que expresan su conocimiento profundo de las Artes y su acendrado amor a la Naturaleza, cuya fusión son los jardines, sino su adecuación en este lugar donde quiso incluirlos con fines específicos, que a su entender eran convenientes. Dispone estén extramuros en el ángulo que mira a Oriente y Mediodía e intramuros en el cuadrado del Patio de los Evangelistas. Se reserva el Rey para sí un aposento directamente inspirado en el de su padre el Emperador en Yuste, en íntima vecindad con el templo y con vistas al altar y a los jardines.

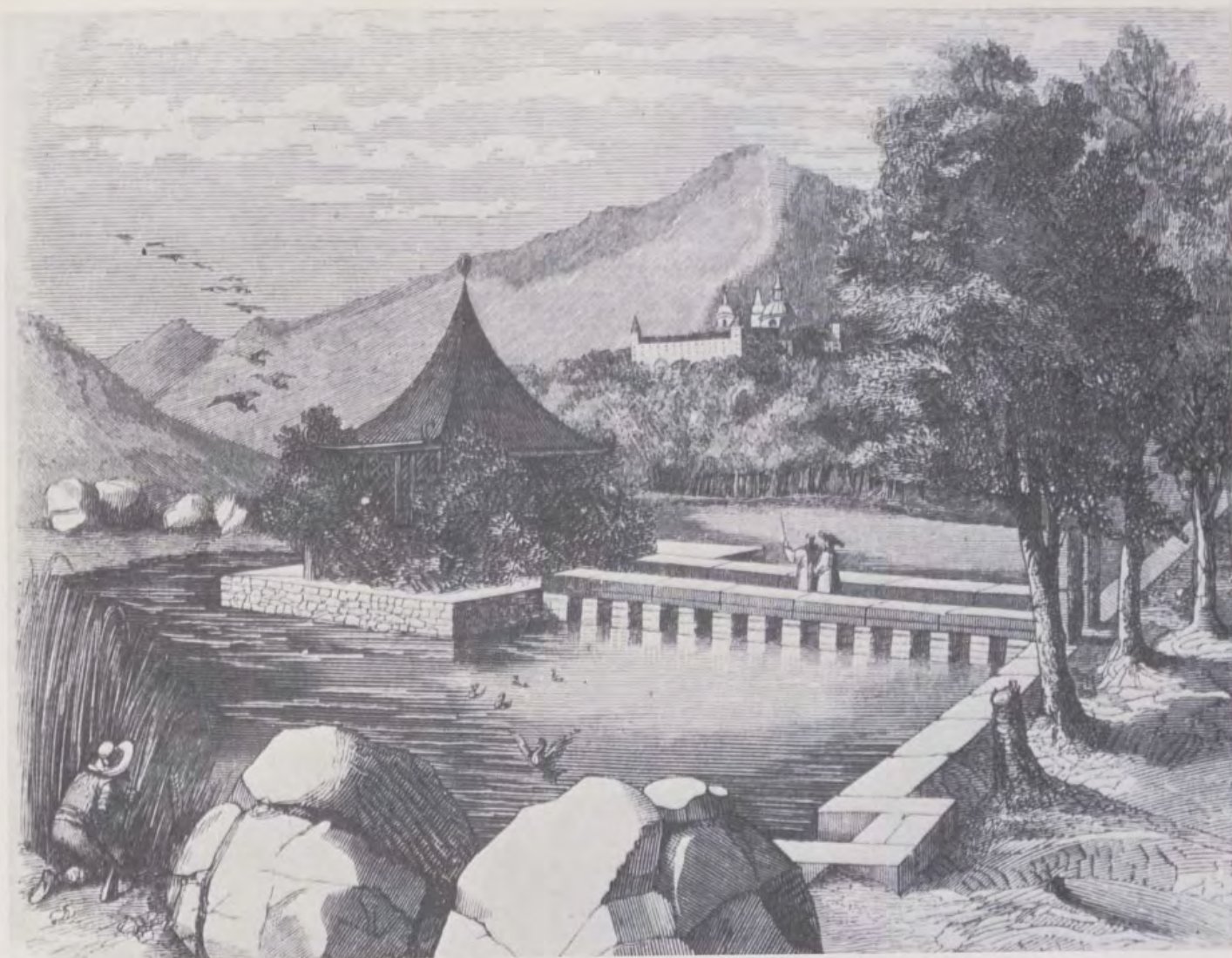
Los jardines no adornan la fachada principal, no ofrecen una atractiva imagen a la llegada, un monasterio, un panteón, como un rey poderoso, no sonríen seductores. En las fachadas opuestas, el severo equilibrio, la inmutable hermosura de sus lienzos y volúmenes vibran exultantes de vitalidad aromatizando gozosamente. Haz y envés de un mismo cuerpo. Propositiones contradictorias, que contrapuestas se contrapesan y complementan.

LOS PENSILES DE EL ESCORIAL

Dispone el Rey el desarrollo de los jardines a Oriente y a Mediodía con todo el beneficio que el sol saliente y pleno va a proporcionar, y por la enorme pantalla de la fábrica defendiendo los jardines de los vientos dominantes tan perjudiciales; teniendo los paredones una función receptora del ca-

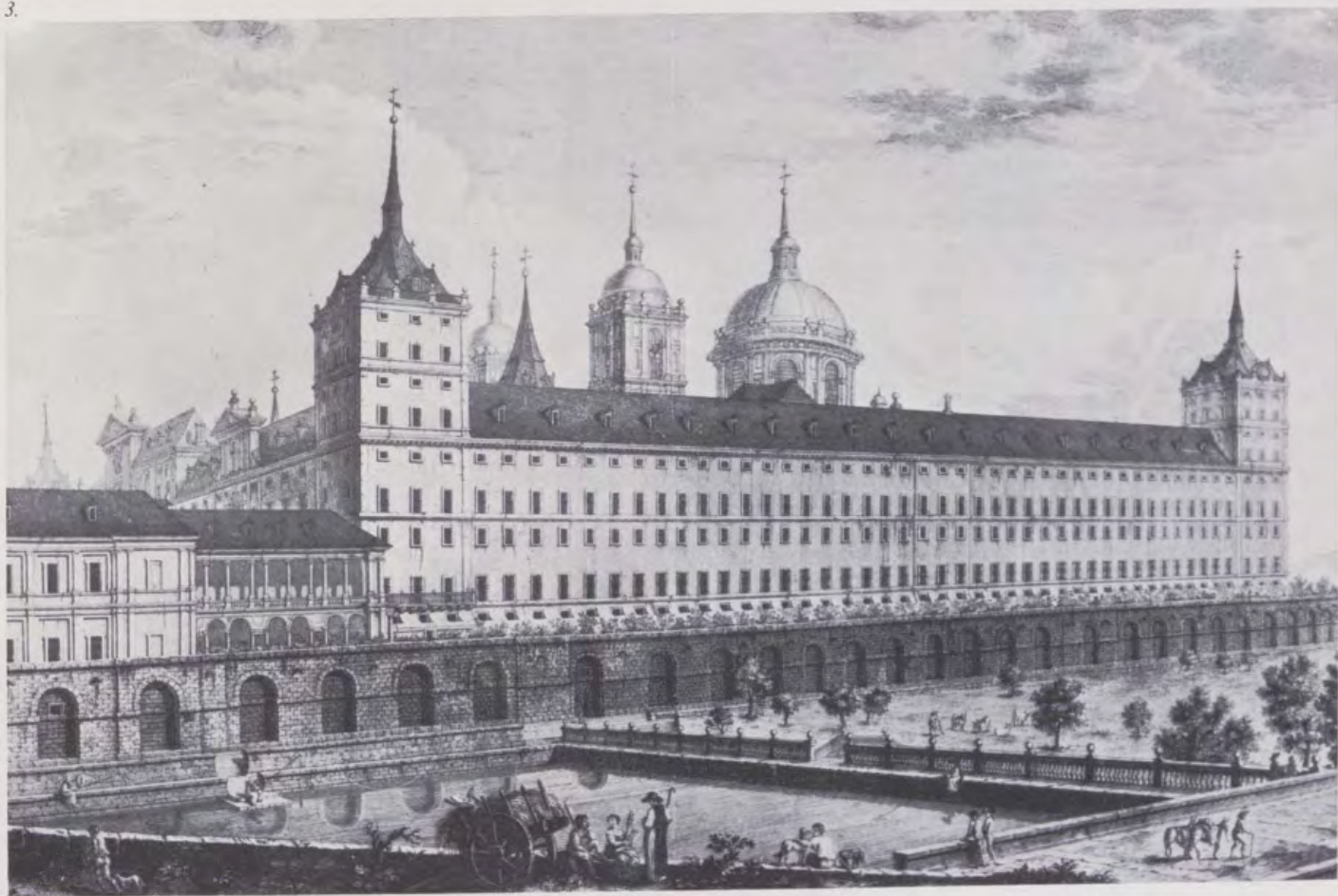
lor y la reverberación solar. Paredones donde asoman las ventanas de los hombres que allí moran y rezan, y donde disponen, previsión del Rey, especialmente los enfermos, del rincón más amable de toda la edificación: la Galería de Convalecientes o Corredor del Sol, que con su quiebro forma un ángulo benéfico donde gozar de los jardines, cuya contemplación eleva el pensamiento, panacea más importante que las encaminadas al cuerpo. Felipe II propulsó la curación por el espíritu, como los griegos, que supieron colocar sus santuarios-hospitales en promontorios alejados de las ciudades, donde Asklepios y su hija Panacea les devolvían la salud entre plantas y por medio de ellas. Tiene El Escorial analogías con los Temenos griegos y con los grandes santuarios de Oriente. Algunos Temenos estaban establecidos sobre terrazas alrededor del templo y del altar, como el de Afaia de Egina, sobre una plataforma, superficie plana que proporciona una estabilización visual al negar deliberadamente las irregularidades del terreno. De esta superficie fácilmente perceptible, emanan orden y reposo, de esta base rígida surge la unidad plástica, de los cuadros de plantación, de las escaleras, de los elementos relacionados rítmicamente, acompasados, de donde proviene la melodía. Aquí se siente lo renacentista.

Esta terraza del Jardín de los Frailes se ha comparado a los jardines colgantes de Babilonia por el terraplén de 100 pies, 28 metros, de tierra rellenando el intervalo desde las paredes del Monasterio al antepecho del muro que corrige el desnivel del terreno. Presenta este muro 77 arcos de cantería que se elevan a 20 pies, unos 6 metros, y cuyo desarrollo alrededor del Monasterio es de 1.950 pies, esto es 546 metros de largo, con lo que resulta una superficie de más de 15.000 metros cuadrados para los jardines de la terraza. Sobre un estribo con bóvedas adornadas de dos fajas y apoyadas en pilastras, hay 12 escaleras colocadas de dos en dos, con 33 escalones que se bajan de once en once, y sirven de comunicación con el Estanque, la Huerta de los Planetales y los Bosques, a través de seis puertas, tres a la Huerta del Convento y tres a la Huerta de la Casa Real, luego llamada el Bosquecillo, que ya estaba plantada en 1590. Mucho debía interesarle al Rey esta comunicación entre los jardines y las huertas cuando dotó de tanta escalera a los pensiles. Las escaleras presentan capilletas, nichos y abrigos donde



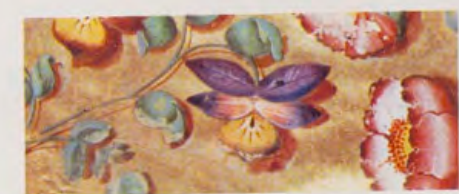
2.

3.



Colección de flores que ilustran la pasión del Rey antófilo. Pinturas existentes en el Monasterio de El Escorial. Epistolario confeccionado en el scriptorium escorialense por el calígrafo Martino de Palencia, siglo XVI: rosas clavellinas, violetas y pensamientos; flores de Seghers, rosa centifolia, tulipanes, azahar, campanillas y malvas; azucenas y cardo de Ribera.





Grabados del Pedácio Dioscórides Anarzabeo, de Andrés Laguna, con plantas utilizadas en el jardín: trébol, aligustre y abrótno macho y hembra; florecillas de Franck van der Stock, violetas, primulas, fresas; y lirios, rosa centifolia, rosa canina, margaritas, claveles y campanillas de Zurbarán.

podrían abrigarse las plantas en épocas rigurosas. Además, componían los jardines doce fuentes con sus pilas o recipientes de agua cuadrados con borde de piedra barroqueña asentada directamente sobre el suelo arenado, y en su centro una piña grande de granito sin basa ni balustre, desde donde surgía un chorro de agua de un codo de alto, «que parece un penacho de cristal». En el contorno de cada fuente hay cuatro cuadros de plantación cruzados por dos senderos.

UN JARDIN ARABIZANTE DE COLORES Y DE AROMAS

El amor por los jardines floridos es una constante en Felipe II, aunque contradiga el gusto renacentista. Queda corroborado de mano rotunda por el testimonio de fray José de Sigüenza, Prior en 1603, que dice «Sembrados por la verdura varios colores de flores blancas, azules, coloradas, amarillas, encarnadas, y de otras agradables mezclas, y están tan bien compartidas, que parecen alfombras finas, traídas de Turquía, del Cairo o Damasco». Con qué certeza alude Sigüenza al origen de las influencias que intervienen en estos jardines, lejana en el tiempo y en el espacio, es Persia con sus jardines de plantación a voleo de especies de flor, los que perpetuarían su belleza en las alfombras, que, como dice Sigüenza, eran «traídas de Damasco». Los árabes adoptaron estos jardines extendiéndolos por Oriente y Occidente, y sus más bellos ejemplos se dieron en nuestra España. Son los jardines conquistados por los bisabuelos del Rey, sólo 35 años antes que éste naciera, y con una tradición artesanal viva, que estaría activa tres generaciones después. Los labradores, los hortelanos, los jardineros, serían en gran número moriscos, la ingerencia árabe enriquecería los trazados y las técnicas durante siglos, impregnando el arte del jardín.

Continúa Sigüenza insistiendo «vense aquí infinita variedad de plantas, arbustos y hierbas que dan gran copia de flores que en invierno y en verano sin faltar jamás se componen infinitos ramilletes de gran frescura y belleza y con muy poca diligencia de los que los cuidan se conservan en el más riguroso invierno muchas clavellinas y claveles no sólo de los que nos han enviado de nuestras Indias sino de los finos y naturales de España, lo que no se hace en Aranjuez ni en otros jardines regalados». Observaciones precisas que merecen crédito, aunque hoy no seamos capaces de repetir esta prodigiosa floración en esa situación. Mano de obra constante, conocedora y amorosa, sistemas perdidos, especies resistentes, aclimatadas, no conocemos los detalles técnicos que nos expliquen el procedimiento. Prosigue así: «Por las paredes desde las rejas de las cantinas abajo están hechos unos enrejados o celosías de madera, por entre ellos engeridos rosales, ligustros, moquetas, jazmines, madreselvas y aún lo que muchos no creen, naranjos y limoneros que gozamos de sus flores y frutos a pesar de los frios fabonios y ciertos de la tierra».

¡Ya antes de 1600 eran grande maravilla los naranjos de El Escorial! Fray Marcos de Cardona había traído buenos plantones de naranjos de la Vera de Plasencia aunque «a algunos la tierra les hiciese mal hospedaje». Naranjos probablemente tratados en espaldera por las celosías de los muros de las cantinas.

Con tantas flores, todas de olor penetrante, no es de extrañar que aquella parte fuese considerada «la cosa más alegre de esta fábrica». Allí bajan los monjes y otras personas de la Casa Real, se pasean, cojen flores, descubren espaciosas vistas, la huerta, los bosques, y más allá vario y largo horizonte. Es, sin duda, en estos jardines donde hallaban complacencia los religiosos como tan cueradamente había dispuesto Su Majestad.

EL JARDIN QUE CONOCIO FELIPE II

No son sólo estas líneas las únicas ni las más antiguas que nos revelan el primitivo jardín de El Escorial de la época

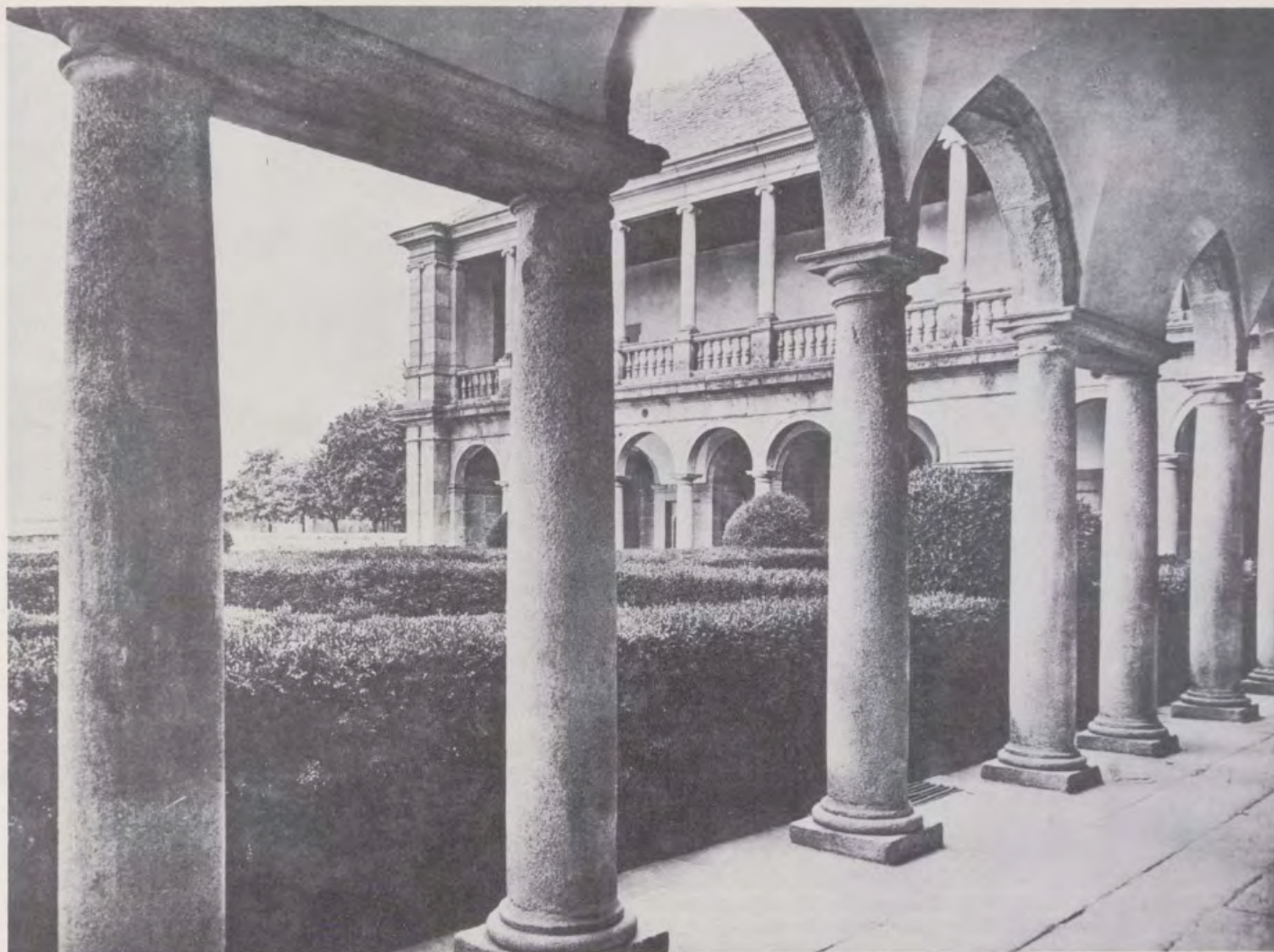
fundacional, concordando con los deseos del Rey, de un jardín de aroma y color. El reverendo padre Teodoro, Bibliotecario del Monasterio, nos procuró otra documentación sorprendente que llega a ensombrecer la anterior descripción. Fue escrita por Juan Alonso de Almela, médico contemporáneo de Felipe II, fechado en 1594, y recopilado por fray Gregorio de Andrés O.S.A. Como vemos alrededor de cada una de las doce fuentes, se desarrollaba un jardín de crucero micronizado y repetido, donde el número cuatro y por ello el doce ordenan el ritmo numérico que veremos en El Escorial.

«Hay en estos jardines entre fuentes y fuentes sesenta ericas cuadradas un poco prolongadas cada una de 40 pies del lado de su cuadrado, donde están muchas variedades de hierbas de varias flores y cercadas de una hierba muy apacible que se llama abrotano, verde oscuro, que va haciendo bordes redondos y a cada esquina de todas las ericas una bola grande hecha de la misma hierba, y las hierbas de dentro con tanto primor y artificio que hacen labores muy concertadas y apacibles y alegres para la vista». Se trata del abrotano macho: *Artemisia Abrotanum*, planta subfruticosa originaria de España y cultivada por sus propiedades aromáticas.

Almela nos facilita una exhaustiva lista de las flores plantadas en El Escorial, más de 68, con sus deliciosos nombres locales de época, aunque ello dificulte el reconocimiento: «Retamas gayombas reales, seringas que son como árboles con una flor blanca y olorosa, árboles de amor de flor colorada aunque no olorosa, rosales de rosas finas y alejandrianas, alhelies amarillos, blancos, encarnados, morados y colorados, oscuros y blancos y encarnados, princesas que son como clavellinas medio bayas, clavellinas de las Indias simples y dobles de pocas hojas y de muchas azucenas, maravillas de Piul coloradas y pajizas, espuelas de caballero azules y blancas, siempre viva mayor y menor, hierba doncella llamada foncella de flores azules, blancas, moradas, y otras bayas, angélica de flor amarilla grande casi como una escudilla, otras escudillas de flor blanca redonda, otra azul redonda, valeriana de flor blanca, hoja de Cristo, narcisos, campanilla imperial, ajedrea, tomillo de Francia, junquillo muy oloroso blanco y amarillo, hisopillo, bacineta de flor amarilla, constantinopla de flor blanca de corazón amarillo y muy olorosa, liliun convallium de flor blanca muy olorosa, lino cárdeno, salvia, mosqueta, jazmín, artemisa mayor y menor, taragontia o serpentaria macho y hembra, pensamientos de flor morada y azul, casiblanca, malvas blancas y coloradas, brínculo de flores moradas de cinco hojas parecidas a la madreselva, ligustro de flor blanca y de fruto unas habillas negras y está todo el año verde y hacen de ello paredes y mesas y cercos de jardines, berberos o arlos de flor colorada en racimillos con uvillas de sabor a granadas agrias, bruselas con racimillos de uvas redondillas coloradas agrias como granadas y menores que garbanzos, pimientos de las Indias de los redondillos y largos, maravillas amarillas, amarantos, ninos de flor morada, apio, bledos mercuriales y bledos de flor limonada, hierba romana o de Santa María, azucenas berrocales de flor naranjada, laureles y naranjos». En su detallada exposición, el doctor Almela nos revela que los naranjos se conservaban en invierno vestidos de hojas de roble —autóctonos en la zona— y «arrimados a ellos unos grandes tablones como puertas para defenderlos del frío y de los golpes grandes de nieve». Ya tenemos desvelado un secreto de mantenimiento en este más que fabuloso jardín, que posteriormente fue transformado, aunque autores más tardíos siguen aludiendo al acopio de flores continuo (*).

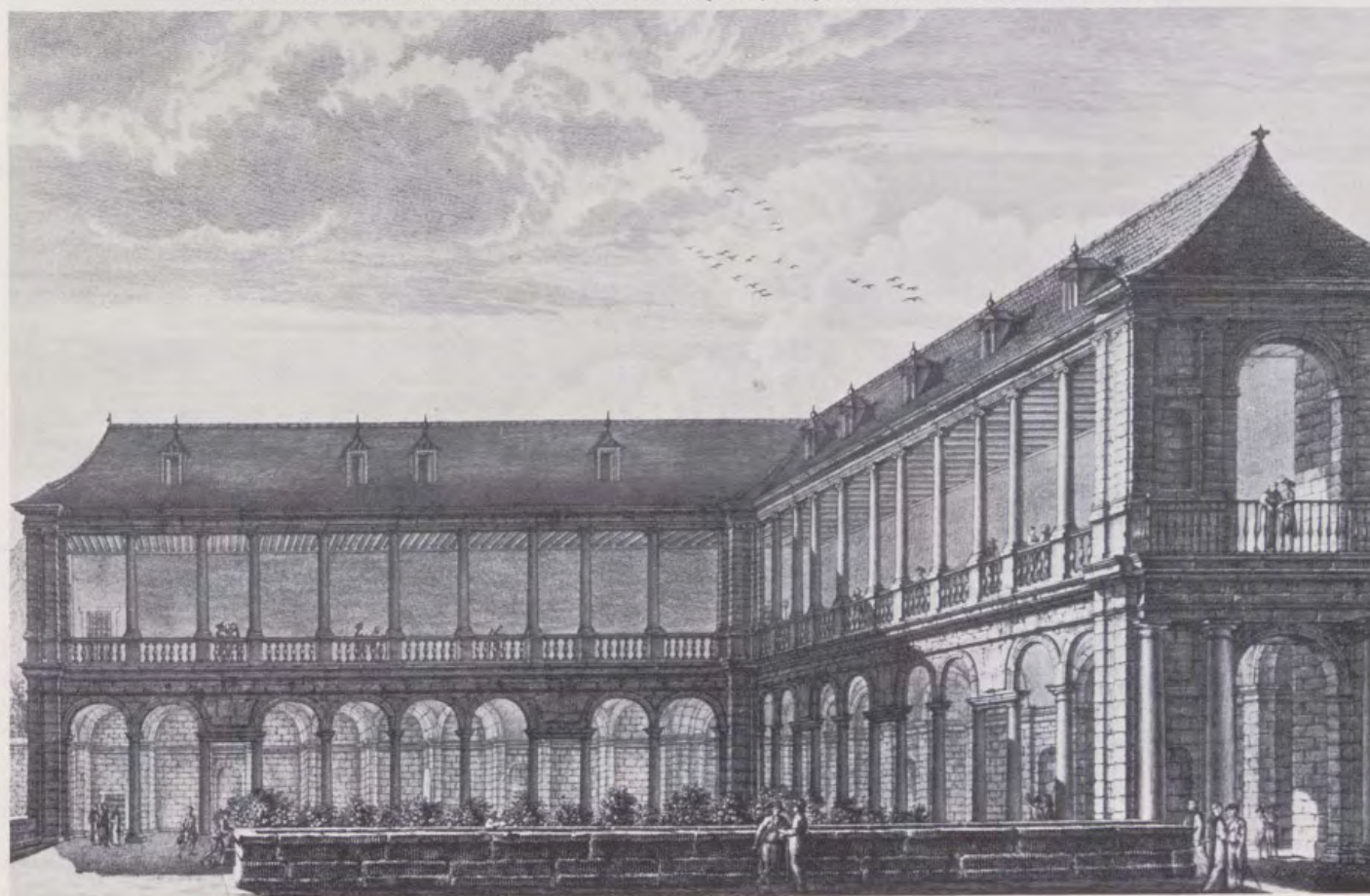
LAS PLANTAS MEDICINALES Y UN POSIBLE «REJARDIN»

Podríamos pensar que este jardín tuviese algún carácter de «rejardín», como quería se les llamase Gregorio de los Ríos a los de simples o de medicinales. Este autor del primer libro europeo de establecimiento de jardines, escrito



*Vista hacia el sur, bajo el pórtico del ángulo de los Convalecientes. Jardins D'Espagne. Georges Gromort.
Vol. II. PL. 75. Año 1926.*

Galería de Convalecientes. Plantación de arbustos sin esquila y con flores. Grabado de José Gómez de Navia.





Casa de Felipe II llamada «El Enebral». Iniciación de un trazado de jardín renacentista: arquitecturación del paisaje, terrazas, rampas, setos, fuentes, templete de verdor, parsimonia de especies. Oleo anónimo de Escuela Española. Galería anterior al Salón de Embajadores del Monasterio de El Escorial.

en 1592 por encargo del Rey antófilo Don Felipe, nos enseña cómo deben plantarse en las celosías sólo jazmines y no hiedras, ni rosales ni parras, porque eso era más propio de las granjas, y en cuanto a frutales sólo naranjos, granados, manzanos o membrillos «que lo demás es cosa grosera».

Pueden inducirnos a asimilar el jardín de los Frailes a un jardín medicinal las especies antes aludidas, muchas medicinales, mencionadas en el Pedacio Dioscorides Anarzabeo, traducido por el doctor Andrés Laguna, médico de Carlos V y de Felipe II, que fue impreso en 1555. Habría que considerar la proximidad de la Botica donde se elaboraban toda suerte de quinta esencias, aguas de olor y aceites medicinales; de la Enfermería, que se nutría de la Botica; y la necesidad de tener los principios simples cerca con la posibilidad de recogerlos en épocas y horas oportunas lo que aumenta las virtudes curativas. ¿De dónde mejor podría surtirse la Botica que de este jardín? El maestro destilador fray Jerónimo de Albendea utilizaba cora, anís, hinojo, sándalo, ruda, espliego, romero, cantueso, poleo, para luego pasar «las aguas y los aceites a las cámaras de la Reina e Infantes en sutiles vidrios y labradas bufetas», como nos relata Agustín de Amezuía, que se elaboran en un verdadero laboratorio de retortas, matraces, redomas, destiladeros, alquitaras y alambiques. Lo que también describe Jehan Lhermite en sus Memorias, «prolongando la vida de las flores extrayendo sus perfumes», para lograr lo que recomienda un recetario de cosmética de la época: «Lo que mejor parece al que se precia de galán es traer rociados los lienzos con aguas olorosas».

También quedan enlazadas las plantas medicinales y El Escorial gracias a los aportes del médico naturalista Francisco Hernández que desde América envió 400 plantas medicinales y frutales. Con las más raras, fray Juan de San Jerónimo compuso los 23 cuadros con que se adornaron en vida del Rey sus aposentos en El Escorial, donde se guardaron los Cuatro Libros de la Naturaleza y Virtud de las Plantas y Animales e Historia Novae Hispaniae. A los mismos cuartos también subían ramos de flores recogidos en los jardines de los Frailes, del Prior o de los Reservados al Rey.

LA GALERÍA DE CONVALECIENTES

Desde la Enfermería, por un balcón enrejado, se accedía a la Galería de los Convalecientes —ya nombrada anteriormente— lo más aéreo y luminoso del edificio, compuesto

por dos columnatas superpuestas en escuadra, la baja con comunicación directa al jardín, de orden dórico y arcos, la alta de orden jónico y arquitrabada, obra de Francisco de Mora, con nichos entre las columnas abiertas a Oriente y Mediodía, que recibían las bondades de la luz y del calor, y eran palco desde donde otear el jardín y el panorama fronteros. Iñiguez le llama adarve poetizado, donde salían a pasear los enfermos sin subir ni bajar un escalón desde la Enfermería, o se llegaba por abajo a la Botica, donde se hacían las destilaciones en el evaporatorio de treinta y dos alambiques para hacer oro potable o el otro evaporatorio de ciento veinte alambiques de vidrio que en veinticuatro horas daban ciento ochenta libras de agua destilada, además de muchas medicinas simples y compuestas: ruibarbo, escamonea, agárico, turbit, tamarindos todos mirobolanos, alóe, de donde obtener aceites, infusiones, jarabes y zumos por medio de hornos y cucurbitas. La cordura del Rey se manifestó en lograr con aquellos jardines paliar el rigor de aquella vida, adecuando unos jardines para el solaz de las personas. Con luz, agua, flores y abiertas perspectivas se humaniza este Rey que cuida especialmente a los enfermos ofreciéndoles un jardín benéfico y amable, y donde no permite invitados mitológicos. El Rey no hace una casa en honor de Dios para adornarla de ilusiones paganas. Una vez más es el jardín testimonio del Hombre y de su Tiempo, de un Rey minucioso que sabe para qué quiere el jardín, para quién es, y cómo debe hacerse.

SINGULARIDADES RENACENTISTAS

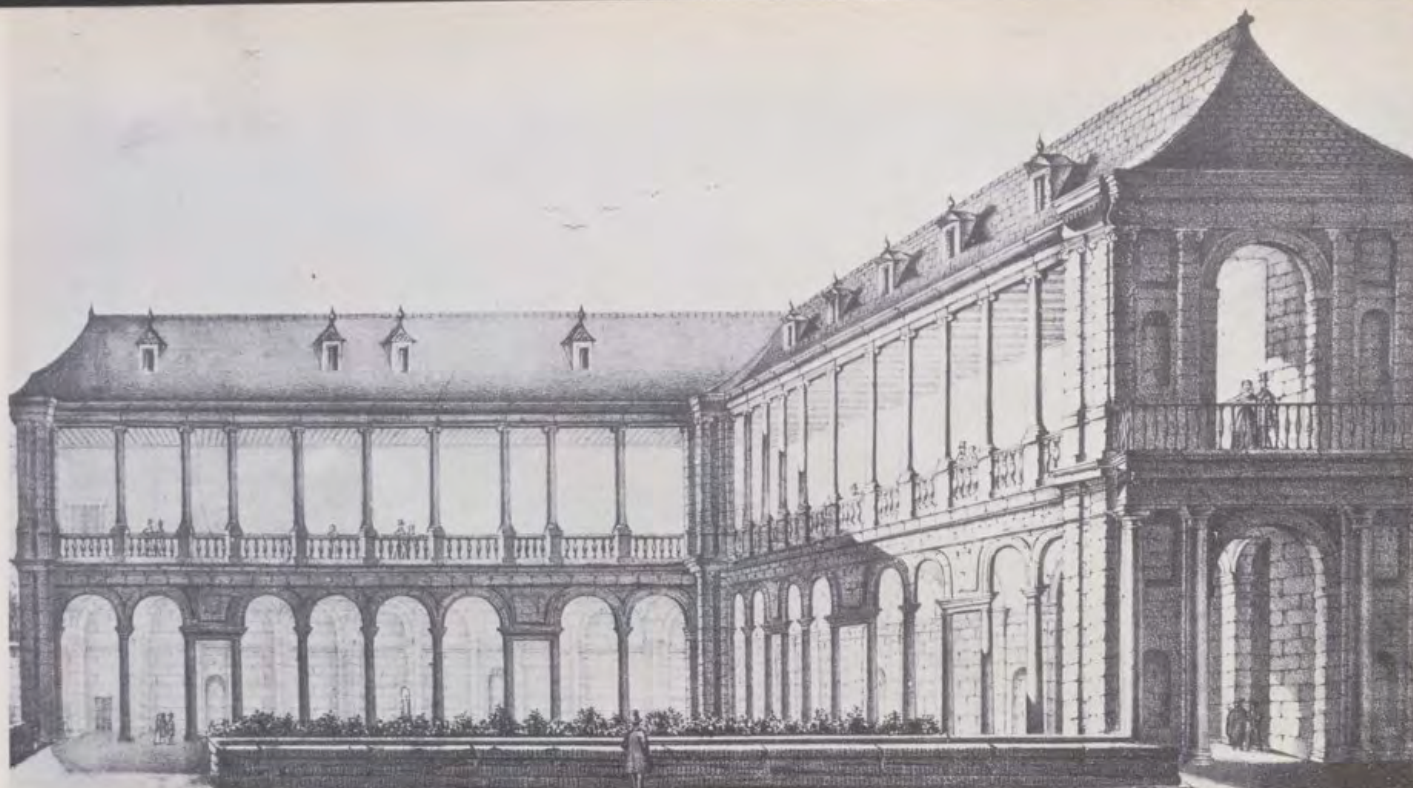
Carácter tan detallista, no podía olvidarse ni de los pájaros, y así soltaban francolines para oírlos luego cantar, y aún reconocían a los de la vez anterior. Escribe en carta Andrés de Almaguer «yo me topé un macho en los prados bajo el jardín». El 9 de octubre de 1583 trajeron de Madrid, por mandato de Su Majestad, un elefante que entró en el jardín a las dos del mediodía para que lo viesen los frailes, que mucho debió regocijarles. Traía un negro caballero subido al pescuezo que le guiaba y dirigía en sus habilidades, reverencias, echarse al suelo y tomar fruta con la trompa. Verdadero acontecimiento en la época ver un elefante en El Escorial, como fue ver otro en Roma regalado al Papa León X en 1516 que se enterró a su muerte en los jardines del Vaticano, y mereció ser esculpido por Udine en una fuente de villa



Vista desde las ventanas del Rey al Jardín del Prior y Jardín Reservado. Severos setos de discutible inspiración francesa, preferible italianizante, y probablemente neoclásicos.

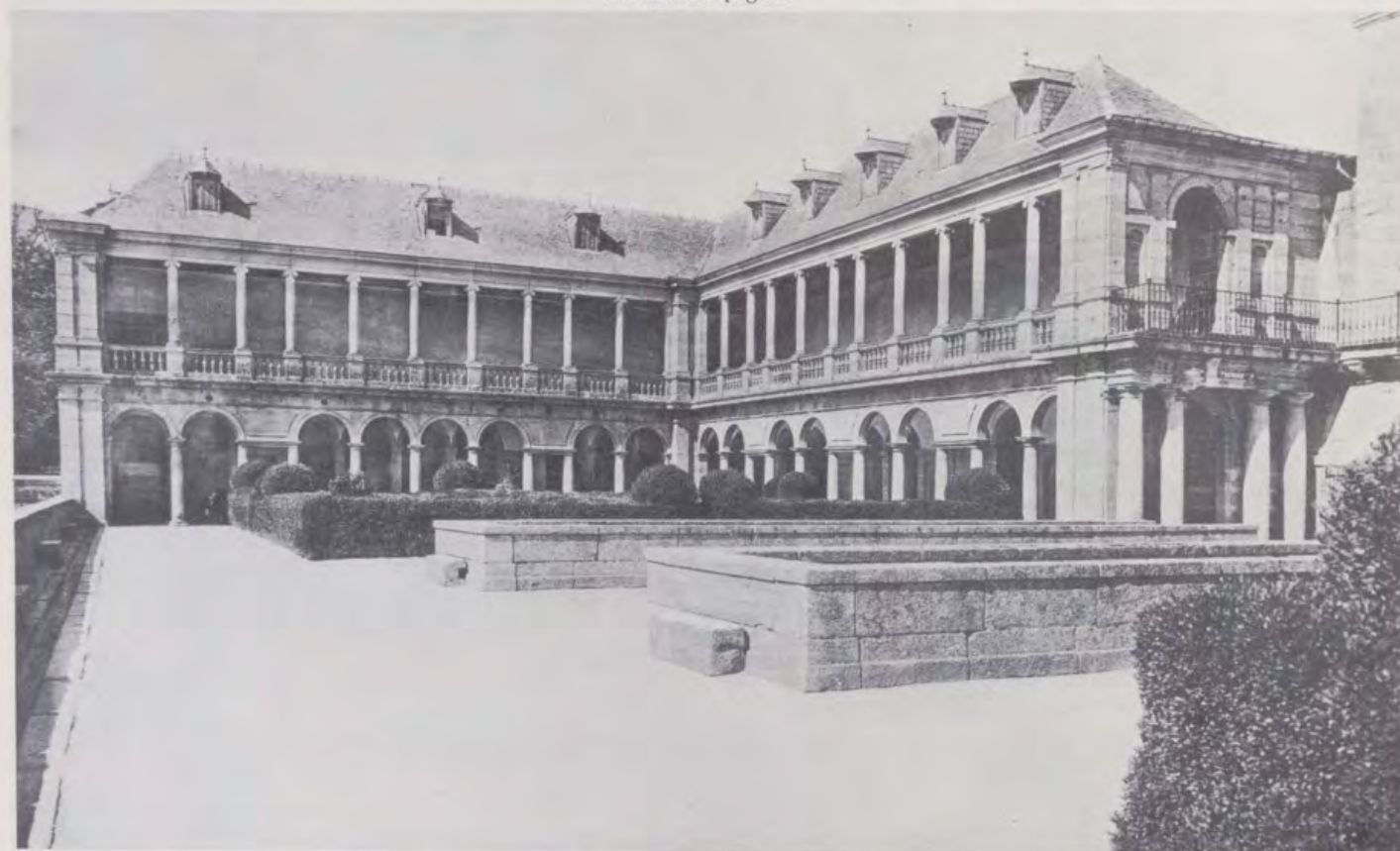
Fachada de levante. Aquí el jardín adquiere sus máximas dimensiones superiores a la larga franja del mediodía. Este es el Jardín Reservado del Rey, bajo las ventanas de la Infanta Isabel Clara Eugenia.





Corredor inmediato a la Botica, en el Real Monasterio de San Lorenzo, que sirve de recreo a los monjes convalecientes. Grabado de Tomás López Enguidanos.

Galería del Sol. Altura de los setos en 1925 por encima de las defensas de las escaleras. Georges Gromort, «Jardins D'Espagne».



Madama del Monte Mario de Roma, más otra escultura en el Sagrado Bosque de Bomarzo. Ocho días más tarde trajeron al jardín un rinoceronte o vaga, como se les llamaba, echándole muchos cubos de agua para refrescarle. Este animal Vaga o Abada es el que dio nombre a la calle madrileña. Sólo queda por señalar la presencia de los sufridos camellos que ayudaron en las obras como en Aranjuez.

Para conmemorar la consagración del templo, quiso Felipe II que «la noche que había de preceder a día tan solemne no conociese tinieblas» mandando instalar miles de lámparas de barro defendidas del viento por papeles de colores alrededor, que se llenaron de aceite, colocando las torcidas que habían hilado la Infanta y sus damas. Todas las

cornisas, ventanas, molduras, antepechos, torres, cimborrio, agujas y bolas en lo más alto, recibieron sus lamparillas, así como los pretilos y antepechos del jardín también estuvieron perfilados con lámparas. El Rey en una silla fue conducido al claustro y a otros lugares para que disfrutara cuando casi al unísono brillaron las luces, subrayando con trozos iluminados el vasto edificio que permaneció aureolado en resplandores hasta que los rayos del sol aparecieron.

Hubo otras iluminaciones años después con motivo del casamiento de Felipe III con Margarita de Austria. Todo quedó iluminado por dentro y por fuera con luces de cera y de aceite en las bodas de Felipe IV, primero con Isabel de Borbón, y luego con Mariana de Austria, 11.514 luces



Parterre sur, estanque central de los cuadros de boj y saltador en forma de piña de piedra berroqueña. Georges Gromort, «Jardins D'Espagne», año 1926, Vol. II, PL. 73.

convirtieron al Monasterio en una dorada joya sobre el azul oscuro de los montes.

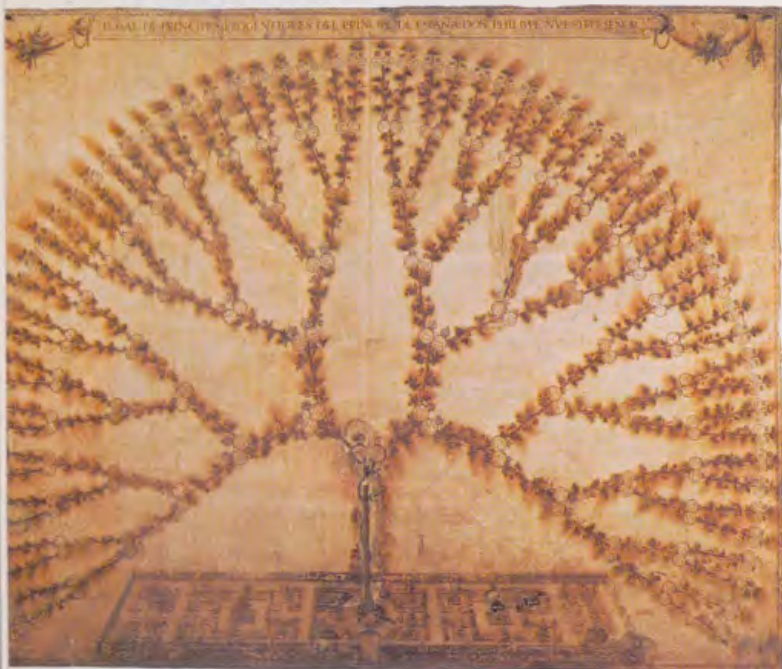
JARDINEROS DE FELIPE II PARA EL ESCORIAL

Aunque no se conoce una noticia específica de la intervención de fray Marcos de Cardona en los jardines del propio Monasterio, podríamos suponer que tuvo parte cuando se ocupó de La Fresneda. Simancas nos proporciona, en el legajo 6 del Escorial, noticia sobre Juan Anglés, jardinero, al que se quiere sustituir por encontrarse enfermo. Así lo

escribe Andrés de Almoguer, en carta desde El Escorial el 8 de febrero de 1567: «Bien sería obra de piedad que S. M. fuere servido de mandar que se fuera a curar a alguna parte y darle con que se cure y estando sano que tornase a su cargo y en el interin se enviase a otro a este jardín que ya siente la falta de jardinero, porque son menester plantar de flores los cuadros y tornar a hacer los lazos de las fresas y de otras yerbas. Ya están plantados todos los árboles que se enviaron de Aranjuez, aguardan el agua con todo lo demás». Aquí vemos cómo están necesitados de un entendido para las labores de primavera que necesita todo jardín, y más cuando se está acostumbrando a gran variedad de flores, y se desea tener fresas.

El pensil del mediodía:
«Mirados desde lo alto
parecen alfombras traídas de Damasco»
(Padre Sigüenza).

Rosal de príncipes progenitores del Príncipe de España
Don Philippe nuestro Señor.
El rosal, planta predilecta de Felipe II,
creciendo desde un característico jardín renacentista.
Galería de árboles genealógicos
del Monasterio de El Escorial.



Parece contestación a esta carta la que se guarda en el Archivo de Zabalburu (caja 146, n.º 69), estimada de finales de abril de 1567, en que el Rey de su propia letra dice: «Algora tenía traças y pinturas de la huerta y jardines y de otros jardines de Francia y Inglaterra y Flandes y de otras partes y otras cosas que yo le mandé hacer y aún podría ser que de Aranjuez y El Escorial». Recordemos que Jerónimo de Algora fue enviado a conocer los jardines de los países nombrados cuando se ordenó en Aranjuez el jardín de La Isla. Pero Algora fallece en mayo de 1567, por lo que pasamos a nombrar a Juan Holveque y a su hijo Francisco que aparecen en la Cédula de 27 de julio de 1569 para que acudan al cuidado del Escorial, cuando se hallaban en Aranjuez. No podemos olvidar los tracistas de siempre, Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera y Gaspar de Vega que también hacían jardines. En una anterior Cédula del 10 de febrero de 1569 dicta el Rey las órdenes necesarias a Juan de Ayala Alcaide de la Casa de Aranjuez para que envíe al Monasterio todas las especies botánicas que fueron solicitadas según una minuciosa —no lo dudamos— relación, añadiéndose haga «cuando y como pareciese conveniente sin que pierdan sazón».

En el inventario de documentos sobre la construcción y ornato del Monasterio que existe en el Archivo de la Real Biblioteca de San Lorenzo presentado por Gregorio de Andrés encontramos datos importantes para los jardines y las huertas. En 1563 y 1564 se compraron álamos negros y rosales y «otras posturas», y libranza de pago a Cristóbal Ruiz por 125 claves colorados para los jardines del Sitio.

En estos documentos aparece una orden de pago al anteriormente nombrado Juan Anglés, jardinero, y una referencia de compra de 16 pares de tijeras para trasquilar los jardines.

No deja el Rey Prudente los jardines desprovistos de rentas, sino que prevé en el Codicilo de 25 de agosto de 1598, que las Dehesas de Górcuez y San Esteban en la re-

gión del Jarama «sirvan y se apliquen a la buena conservación de los jardines de San Lorenzo». Dejando rentas a perpetuidad para que se sustentasen los jardines de El Escorial.

NOTAS

(*) Para no interferir en la gracia popular de los antiguos nombres del siglo XVI facilitamos aquí la denominación científica de la relación de plantas de Almela, con la ayuda gentil de la bióloga y paisajista Inmaculada Porras. Los asteriscos señalan la ausencia de nombres no identificados.

Retama sphaerocarpa. Spartium junceum. Syringa vulgaris. Cercis siliguetrem L. *. Rosa damascena. Cheiranthus cheiri L. Mathiola annua Sweet, et M. incana R. Br. Dianthus caryophyllus L. *. Tagetes erecta L. (introducido en 1596), Tagetes patula L. (introducido en 1573). Mirabilis jalapa L. Delphinium ajacis L. et D. orientale Gay. Sempervivum tectorum L. Sedum album L. et S. reflexum L. Vinca major L. et Vinca minor L. Angelica laevis. Angelica Archangelica L. Valeriana officinalis L. Ricinus communis L. Narcissus sp. Satureja hortensis L. *. Narcissus jonquilla L. Satureja montana L. *. *. Convalaria majalis L. Iris germanica L. Salvia officinalis L. Salvia triloba L. fil. Rosa moschata Mill. Rosa sempervivens. L. Rosa canina L. Jasminum officinale L. Artemisia vulgaris L. Dranunculus vulgaris Schott. Viola tricolor L. Rosmarinus officinalis L. Polemonium caeruleum L. Artemisa absintium L. Alchinilla vulgaris L. Alchinilla vulgaris L. Althea rosea cav. *. Lonicera caprifolium et L. periclymenum L. Ligustrum vulgare L. Berberis vulgaris L. *. Capsicum annuum L. Calendula officinalis L. Amarantus caudatus L. Amarantus tricolor L. *. Apium graveolens L. Mercurialis annual. Atriplex hortensis L. Pyrethrum tanacetum DC. Hemerocallis Julva. Laurus nobilis L. Citrus aurantium, C. sinensis.

PLANTAS MEDICINALES NOMBRADAS

*. Pimpinella anisum L. Foeniculum lum vulgare Gaertn. Mentha sativa L. Ruta graveolens L. Coronilla glauca L. Lavandula vera DC. Rosmarinum officinalis L. Lavandula stoechas L. Mentha pulegium L. Rheum palmatum L. Convolvulus scammonia L. Cynachum acutum L. Polyporus laricis L. Polyporus fomentarius. Globularia alypum L. Ipomoea turpethum R. Br. Larespitium glabrum. Ligusticum pyrenacum. Tamarindus indic L. Terminalia chebula Gaertn. T. bellerica, T. cetrina. Aloe succotrina, Aloe silvestris.